



L. ERU
NET
BERLIN

Uhlano

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 21.—BARCELONA 25 DE NOVIEMBRE DE 1914



El Kaiser (X) con su Estado Mayor, en los campos al N. de Soissons

CRONICA INTERNACIONAL

I. ¿A Londres o a Calcuta?—II. El Japón y la India —III. Nuevas y tremendas complicaciones.—IV. Exacerbando la llaga

I.—¿A Londres o a Calcuta?

Quede para los profesionales y técnicos el discutir si los alemanes se proponen ir a Londres por la vía aérea, o si tratan de desembarcar en Inglaterra y resolver la guerra en el territorio británico. La empresa parece muy incierta y poco probable, porque serían tantas y tan grandes las dificultades que se presentarían, que las fuerzas humanas y la mayor previsión es de creer que no bastasen a resolverlas.

Y sin embargo, si Alemania no quiere sucumbir fatalmente y declararse derrotada, es menester que se apresure a llevar su acción al corazón de Inglaterra. Mientras ésta pueda ir empeñando tropas de diversas procedencias en los campos de batalla de Europa, aunque los alemanes consigan victoria tras victoria, a la postre quedarán exangües, se desarrollará el hambre y la miseria en su Imperio y sucumbirán. Cuanto más tarden en emprender la acción resolutiva, tanto más difícil será que la lleven a feliz término, porque su rival se preparará mejor y frustrará los planes de los alemanes.

Si Inglaterra se encuentra fuera del alcance de los alemanes, ¿cómo resolver la guerra, o por lo menos qué recursos hay a disposición de éstos para llevar la victoria a sus banderas?

La Gran Bretaña es un Imperio tan vasto y al mismo tiempo tan complejo, que su corazón no se encuentra donde se halla su capital. En Londres está el estómago y el arca de caudales de Inglaterra, pero el corazón, el centro donde afluye la sangre de la nación y desde donde se derrama por todo el organismo, es Calcuta. El fundamento del Imperio británico es la India. Aquel país está sometido a un régimen que no puede ser más fructífero para la metrópoli. La India no sólo ha de costear los gastos de su administración, puramente inglesa, y de su ejército, inglés en su mayor parte, sino que ha de contribuir a los recursos económicos del Imperio, en tanta escala, que los ingresos más saneados son los que proceden de la India. A la vez, el comercio y la industria británica, y aun parte de la agricultura, se sostienen principalmente por el consumo y la exportación a la India, de lo que se deduce que la vida nacional descansa en su parte principal en la región meridional de Asia. Si a Inglaterra se la despojara de aquel vasto dominio, sobrevendría inmediatamente su ruina.

Esto sentado, la intervención de Turquía en la guerra, y, de un modo más concreto, la actitud del Sultán, jefe supremo y jerarca de los creyentes, puede tener incalculables consecuencias; porque si los

rusos fueran, ya que no derrotados, por lo menos contenidos, y la sublevación y el alzamiento se propagaran a Persia, el Afganistán y luego a la India, la metrópoli recibiría un golpe mortal. Una sublevación de la India en estas circunstancias, cuando la Gran Bretaña no puede acudir con todos sus medios a sofocarla, adquiriría desde el primer momento una gravedad extraordinaria, sobre todo teniendo en cuenta que la China es hostil a los ingleses y que el Thibet masca a la fuerza el freno que le impusieron no hace mucho sus actuales dominadores.

Es de suponer que Inglaterra no resistiera la herida que se le infligiera en Asia; y mucho menos si al mismo tiempo quedara cerrado el canal de Suez y los fermentos de la revuelta florecieran también en Egipto. Nada puede hacer por sí misma Alemania en este sentido, pero mucho si se pone de acuerdo con Turquía y lleva a cabo una campaña afortunada contra Rusia, que dé por resultado dejar en libertad de acción a las tropas otomanas para moverse hacia oriente. Con menos gasto y de manera más expedita resolvería la guerra Alemania, de este modo, que intentando vencer a los ingleses en su propia casa. Que persigue este fin no hay que dudarlo. Pero las dificultades no son para menospreciadas ni desconocidas.

Llevando la guerra al Africa del S. y a todas las colonias británicas de las dos costas de Africa, agitando a los egipcios, y finalmente poniendo de su parte a Turquía, Alemania ha hecho cuanto está a su alcance para obtener el triunfo. Si estos manejos fracasan, no le quedará otro recurso que el ejército y la armada, pero estos elementos parecen insuficientes para dominar a su rival.

II. — El Japón y la India

En virtud del tratado de alianza entre Japón y la Gran Bretaña, aquél está obligado a acudir en apoyo de la primera en caso de guerra en la India. No hay duda que si la ocasión se presenta, el Japón no eludirá su compromiso, toda vez que su intervención en la India le preparará el terreno para apoderarse de ella en plazo más o menos remoto. No será de temer, con todo, el Japón, mientras Inglaterra conserve la supremacía naval en términos de gran preponderancia; mas si la escuadra británica fuera en parte destrózada por la alemana, aunque ésta resultara enteramente destruída, ya no poseería Inglaterra el arma única de que dispone para dominar al otro lado del Atlántico y en el Pacífico, y entonces quedaría a merced, en Asia, de su actual aliado el Japón. Por consiguiente, es de creer que antes de acudir a los nippones lo pensará seriamente y que se mostrará dispuesta a una paz honrosa, aunque sea con menoscabo de los intereses de sus aliadas Francia y Rusia.

De aquí que convenga a Alemania asestar un golpe fuerte a la escuadra británica si consigue que la agitación de los mahometanos tome cuerpo en la India; porque para librarse Inglaterra de las manos de los alemanes tendría que entregarse en las de los japoneses, a todas luces mucho peores enemigos, dada su situación geográfica.

Por ahora, no tiene todavía que preocuparse se-

riamente Inglaterra de estos peligros. El momento crítico se presentará si sus enemigos consiguen cerrar el canal de Suez. A partir de este instante, toda la India quedará de hecho a merced de sus rivales, y habrá llegado la ocasión de elegir entre los dos peligros: el japonés y el alemán. No cabe predecir por cuál se declarará Inglaterra; pero si se recuerda que los estadistas británicos se han distinguido siempre por la fría y serena apreciación de las cosas, se concluirá que por grande que sea el deseo que tengan de derrotar a los alemanes, pesará en su ánimo más su propio interés que la voz de la pasión y el ansia de la venganza. Por aquí podría venir un término a la guerra más inmediato que si ésta ha de resolverse en Europa.

III. — Nuevas y tremendas complicaciones

La rivalidad entre Japón y los Estados Unidos de América no es de ayer. California, en particular, la ha traducido en leyes que han ofendido gravemente a los japoneses, y que ni el mismo Presidente de la República ha conseguido modificar o atenuar. Nuestros lectores recordarán seguramente el conflicto que estuvo a punto de estallar entre los dos países, y que abortó por la prudencia de los norteamericanos. Pero posteriormente la situación ha cambiado radicalmente. Si en aquellas circunstancias luchaban los Estados Unidos con la casi invencible dificultad de sostener sus flotas de guerra en el Pacífico, sin apenas bases navales, la construcción del canal de Panamá, que ha quedado en manos de los norteamericanos, les permite ahora mover rápidamente y a su antojo los barcos, desde el Atlántico al Pacífico, y concentrarlos en el lugar deseado.

Si el Japón se debilitara enviando copiosos contingentes a la India y despachando sus flotas a aquellas costas, no es probable que los Estados Unidos permanecieran indiferentes. Los norteamericanos, representantes, al cabo, de la civilización occidental, acaso han sido los primeros que han visto los peligros del engrandecimiento del Japón, y no consentirían que los nippones se apoderaran de parte del Asia continental y de las Filipinas, y se apresurarían a intervenir en la contienda, dictando condiciones al Japón. De donde se infiere que podría estallar una segunda guerra y repercutir el conflicto en el otro hemisferio.

No en balde es y ha sido siempre Asia el centro del mundo. El llevar la guerra, y una guerra tan grandiosa como la presente, en la que se ventilan intereses económicos, de raza y de religión, a la cuna del mundo, equivale a encender la hoguera por la base. El incendio, si brota, ha de reducir a pavesas los tres grandes continentes del planeta.

No faltará quien diga que estas son disquisiciones y sueños. No menos benévolamente fueron calificadas nuestras profecías de la guerra europea, porque todos se mostraban refractarios a creer en un conflicto que había de lesionar los intereses generales; y sin embargo la guerra ha venido y en la época en que la profetizamos, y cuando en ella entró Inglaterra, lo que equivale a decir que ha entrado medio mundo, no hay que esperar que se localice y reduzca, sino todo lo contrario, que se engrandezca y ensanche.

La fiebre guerrera ha contagiado a los pueblos del nuevo continente, y en particular a los Estados Unidos, que creen, y tal vez no se equivocan, llegada la hora de pesar más seriamente que hasta aquí en los destinos de la humanidad.

IV.—Exacerbando la llaga

¿Cómo no esperar que el mal se haga cada vez más virulento si no es la victoria militar lo que se persigue, sino la destrucción del pueblo rival? Mal consejero han tenido los ingleses, y poco meditada ha sido la actitud de Francia al copiar las medidas británicas.

Esa destrucción de barcos mercantes inaugurada por Inglaterra, a pretexto de defender el derecho y la civilización; la concentración en campos, por no llamarle prisiones, de los alemanes y austriacos que se encontraban en las naciones aliadas al estallar la guerra; la detención en el mar de los barcos neutrales para aprisionar a los súbditos alemanes que en ellos viajaban; la confiscación y embargo de los bienes sociales y particulares de las compañías y empresas de nacionalidad enemiga; la declaración de libertad de patentes y marcas de fábrica; el insulto y la difamación llevados a un extremo casi incomprensible, no podían menos de hacer saltar como un solo hombre a todo el pueblo alemán. La guerra ha ido adquiriendo unos caracteres espantosos, de pueblo a pueblo, de suerte que aunque los Gobiernos quisieran ahora terminarla no lo conseguirían: tal es la excitación que reina en Alemania e Inglaterra.

Cuando una nación de sesenta millones de habitantes, auxiliada por otras, Austria-Hungría y Turquía, que elevan la cifra a doscientos millones, se lanza a los campos de batalla persuadida de que peligra su existencia, su libertad, su independencia, se necesita mucha fuerza para dominarla y vencerla. Ciertamente, son más los enemigos de Alemania, pero prescindiendo de su preparación militar y de su fuerza marcial, el problema que palpita, el factor que ha de resolver el pleito que se ventila, es de otro carácter, mucho más general, el mismo que se encuentra en el fondo de todas las grandes guerras, desde la antigüedad a nuestros días. ¿Qué pueblo tiene más despierto su espíritu nacional y se encuentra mejor preparado para realizar toda clase de sacrificios por la patria: el representado por Alemania, o el acaudillado por la Gran Bretaña? La respuesta no es dudosa. Y partiendo de ella, no ha de inferirse que la victoria ha de recaer sobre uno determinado de los dos bandos, pero sí que antes de declararse, el más fuerte espiritual y socialmente ha de realizar esfuerzos inmensos, casi sobrehumanos, y tratará de hundirse, si llega el caso, arrastrando consigo a sus enemigos.

Preparémonos, pues, a presenciar grandes cosas, como jamás ha visto el mundo. El aspecto militar del conflicto no es más que una fase del encuentro, del duelo a muerte que se ha entablado entre los dos colosos. Todo el mundo ha de conmoverse, y hasta las naciones que se consideran más ajenas a la contienda han de sentirse amilanadas por las complicaciones que, si Dios no lo remedia, sobrevendrán. Es un temblor de tierra, mil veces más funesto que el producido por las fuerzas naturales, porque la inte-

ligencia humana ha puesto en él cuanto de infernal hay en el corazón del hombre.

F. LARÍN.

EL I CUERPO BÁVARO EN LA BATALLA DE SAARBURG

(Véase el plano)

Después de la invasión que con tanto éxito realizamos en el territorio enemigo, y durante la cual el I cuerpo consiguió, a favor de felices combates, llegar a la línea de Blamont-Badonwiller, el alto mando dispuso que nos replegáramos detrás del Saar, donde deberíamos contener la ofensiva francesa que se esperaba. El cuerpo de ejército fué seguido a larga distancia por las vanguardias enemigas, que precedían el movimiento de invasión de las masas francesas en Lorena. El 18, habíamos retrocedido sobre Saarburg, de donde saliéramos diez días antes, abandonando enseguida con profunda pena aquella ciudad, para tomar posiciones al N. y al E.

En la madrugada del 19 aparecieron dos divisiones de caballería enemiga cerca de Saarburg; venían en formación compacta y se las distinguía muy bien en aquel terreno descubierto. Algunos disparos de nuestra artillería pesada, que estallaron entre las filas de jinetes, las pusieron en dispersión.

La infantería francesa llegó en la tarde del 19 y sucesivamente hasta la mañana del 20; Saarburg y los bosques al O. de Saarlaltdorf fueron poblándose poco a poco de infantes franceses, los cuales componían, según supimos más tarde, todo el 8.º cuerpo de ejército y parte del 20.º

El I cuerpo tenía la orden de defender sus posiciones entre Rommelfingen y Rieding; pero en la noche del 19 al 20 recibimos la fausta noticia de que acababa de recibirse una nueva orden, prescribiendo que emprendiéramos el ataque general en todo el frente, a las once de la mañana del 20.

Difícil era ese ataque, porque habíamos de avanzar al descubierto desde nuestras posiciones. El enemigo mantenía su formación en masa a pesar de hallarse cerca de nosotros. En cada individuo del I cuerpo palpó el mismo deseo: ¡derrotar al enemigo, a toda costa!

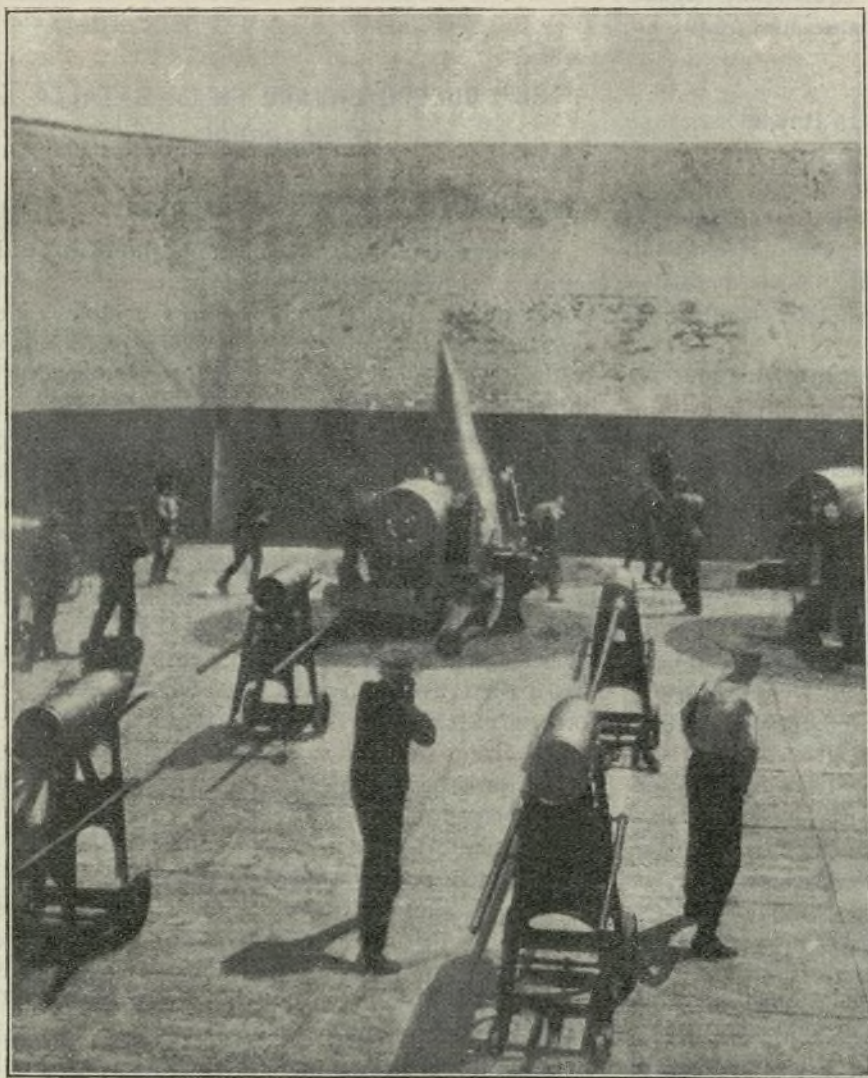
Al amanecer del día 20 se inició con gran violencia el combate por la artillería de los dos bandos. Pronto el sordo fragor de los disparos de la artillería pesada, alemana y francesa, se extendió por el frente y los dos lados; numerosas nubecillas de humo y las llamaradas de las explosiones dieron a conocer los puntos en que estallaban los proyectiles.

La infantería soportó metida en las trincheras el fuego activísimo de los cañones franceses, y las reservas, que se encontraban más atrás, se cubrieron y comenzaron a disponerse para el momento, que tanto anhelábamos, de trocar la defensiva por el ataque.

El cuerpo de ejército, sin que lo advirtiera el enemigo, había tomado la formación para el avance, hacia los objetivos siguientes:

A la derecha, la 2.ª división de infantería: 4.ª brigada, desde Oberstinzel (15º regimiento) sobre Zittersdorf, y Saarlaltdorf (12º regimiento) sobre Hof;

3.ª brigada, en reserva del cuerpo de ejército, al norte de Hilbesheim.



El fuego de la artillería en el interior de un fuerte. Fotografía instantánea a $\frac{1}{5000}$ de segundo, en la que aparece el proyectil en el momento de salir de la boca de la pieza

A la izquierda, la 1.ª división de infantería: 2.ª brigada, a la derecha el 16º regimiento y a la izquierda el 2.º, desde Tinkelsberg contra Hof-Saarburg; 1.ª brigada, a los dos costados de Rieding contra Saarburg y las alturas que hay al E.

La artillería ocupó inmediatamente las siguientes posiciones: la 2.ª brigada de artillería de campaña en las alturas al N. E. de Ober-Stizel-Saaraltdorf; la 1.ª brigada en el Tinkelsberg y al N. de Rieding. Más atrás, las baterías pesadas: 2/1 del regimiento de artillería a pie (obuses pesados de campaña) y 2/3 del regimiento de artillería a pie (morteros), al S. de Hilbesheim; 3/ del regimiento de artillería a pie número 18 (morteros), al S. de Rauweiler.

Los zapadores se repartieron entre la infantería y la artillería; la caballería permaneció junto a la artillería. El globo de la sección de aerostación se elevó en Kirchberg. Sus excelentes observaciones resultaron de gran utilidad para la corrección del tiro de la artillería. El cuartel general se situó en Kastelwalder-Hof.

Dieron las once de la mañana. Como en todos los comienzos de una batalla, las guerrillas avanzadas se movieron hacia adelante, y casi al punto el combate adquirió una violencia extraordinaria.

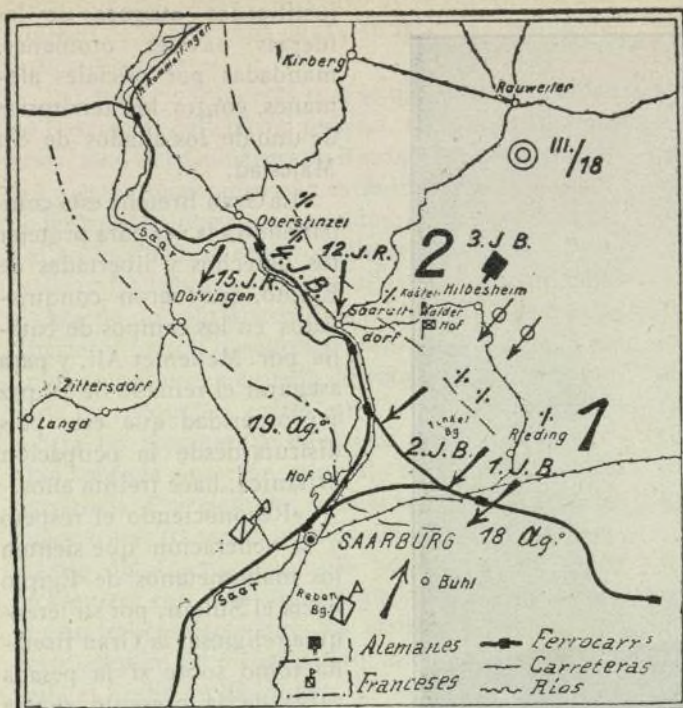
A la izquierda de nuestro Cuerpo de ejército se percibía el ruido de la lucha en que acababan de

empeñarse los badenses, y se veía, cuando la humareda de los disparos de la artillería lo permitía, cómo corrían las guerrillas. La infantería francesa, que se había concentrado al N. de Saarburg y en los bosques al O. de Saaraltdorf-Fistingen, fué acometida reciamente y sujeta a un vigoroso cañoneo que la quebrantó. Nuestra artillería de campaña apoyó el avance de la infantería con un fuego muy vivo contra las lindes de los bosques; habiendo derrotado a la artillería enemiga, concentró todos sus tiros sobre los infantes, que buscaron refugio en los bosques. La artillería pesada de campaña apagó sucesivamente el fuego de cada una de las baterías enemigas, y enseguida batió a las unidades de infantería, bastándole algunos disparos para causar estragos en las masas francesas. La nueva arma del ejército de campaña—la artillería pesada—resultó sumamente eficaz. No obstante, el tiro de la infantería enemiga y de sus ametralladoras era muy mortífero para nosotros, de modo que nuestro avance

se desenvolvía con mucha lentitud.

Hacia las 5 de la tarde, Dolfingen, los bosques al O. de Saaraltdorf y el borde S. de Saarburg, estaban en nuestras manos; el enemigo se pronunció en retirada en todo el frente. Poco a poco, la 2.ª división de infantería, que había destacado a la 3.ª brigada en persecución del enemigo, arrojó al adversario de Lang-Zittersdorf, y la 1.ª división le desalojó de las alturas cerca de Hof (2.ª brigada), de Saarburg y de las alturas del Rebenberges (1.ª brigada). En Saarburg, nuestras tropas tuvieron que librar un sangriento combate con una columna enemiga que seguía resistiendo y hacía fuego desde las casas y torres con sus ametralladoras y fusiles. A pesar de las primeras sombras de la noche, el enemigo pronunció una reacción ofensiva contra el ala izquierda de la 1.ª división de infantería, entre Saarburg y Bühl, ataque que fué enérgicamente rechazado por la 1.ª brigada de infantería. La 1.ª división hizo alto en Hof, Saarburg y el Rebenberg; la 2.ª división prosiguió la persecución durante dos horas, hasta Gondrexange. El combate se prolongó con más o menos intensidad toda la noche.

Al oscurecer, para nadie era ya dudoso que habíamos alcanzado la victoria; pero la magnitud del



triunfo no se puso de manifiesto hasta los siguientes días, cuando fueron conocidas las pérdidas del enemigo, en numerosos prisioneros y cañones (31). Las piezas francesas habían sido desmontadas por nuestra artillería y los sirvientes muertos o puestos en dispersión. El 8.º cuerpo de ejército francés y parte del 13º quedaron deshechos en la batalla de Saarburg y durante la persecución que siguió al combate, siendo arrojados hasta el Meurthe. Los libros de memorias y apuntes de los prisioneros y muertos y heridos franceses, reflejaban a las claras su desmoralización.

Las pérdidas de nuestro cuerpo de ejército en los días que precedieron a la batalla de Saarburg, en ella y en los siguientes correspondieron a la magnitud del éxito. Ascendieron del 25 al 50 por ciento del efectivo, según los cuerpos, sin que por ello se conmovieran nuestras tropas. Esta tenacidad y valor de nuestros soldados han de figurar en primera línea en el recuerdo de la victoria, cuyo total alcance todavía no puede ser apreciado hoy.

La conducta de la tropa merece los mayores elogios. Soportó el fuego enemigo y avanzó al ataque con el mismo orden que en el campo de instrucción. Nadie se quedó atrás. Todos marcharon adelante, adelante siempre. Las tropas revelaron una bravura a toda prueba. Admirable fué

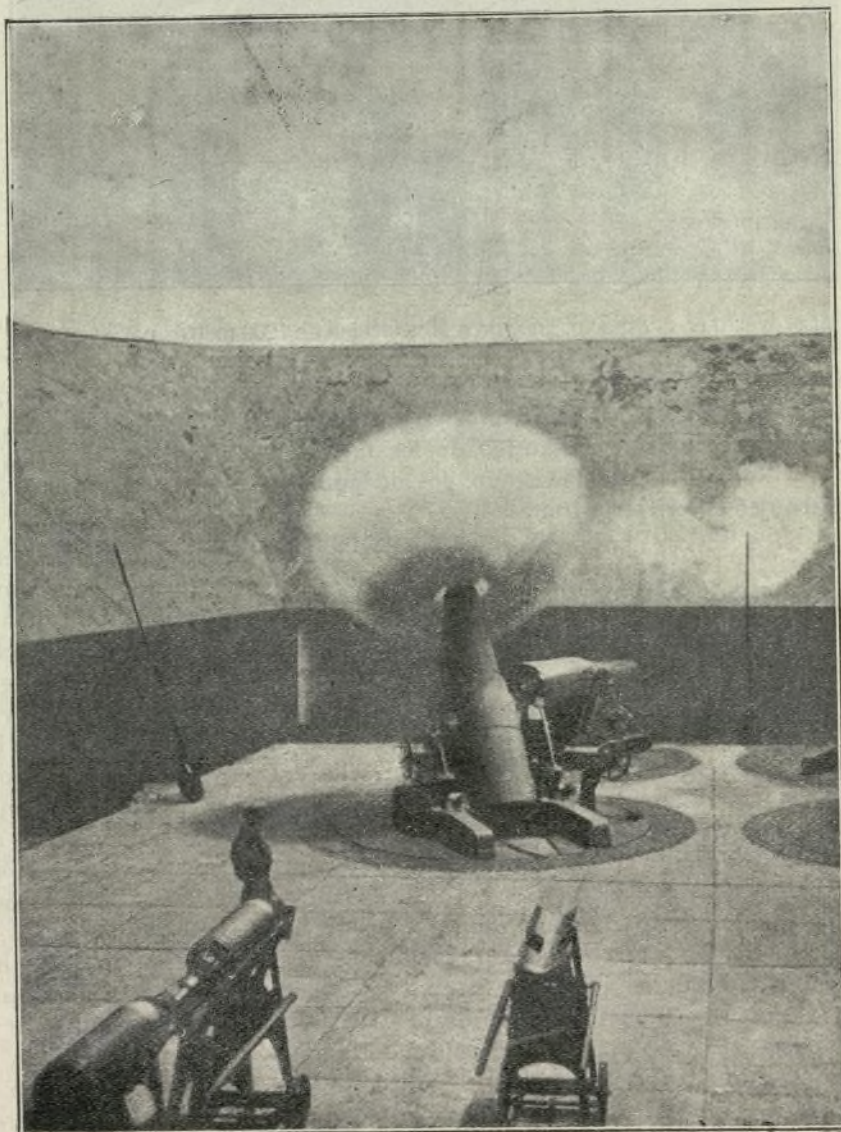
el comportamiento de los heridos; no se oyó un grito de dolor, ni un lamento; sin quejarse, conformes con su triste suerte, aguardaron pacientemente la hora de ser conducidos a la ambulancia, y los que podían sostenerse en pie se dirigieron más o menos penosamente a los puestos de socorro, donde les asistió la Sanidad.

Quien ha visto estas tropas mañana y tarde en las grandes batallas de estos días, siente confortado su espíritu, y con plena conciencia y henchido por el agradecimiento no puede menos de exclamar:

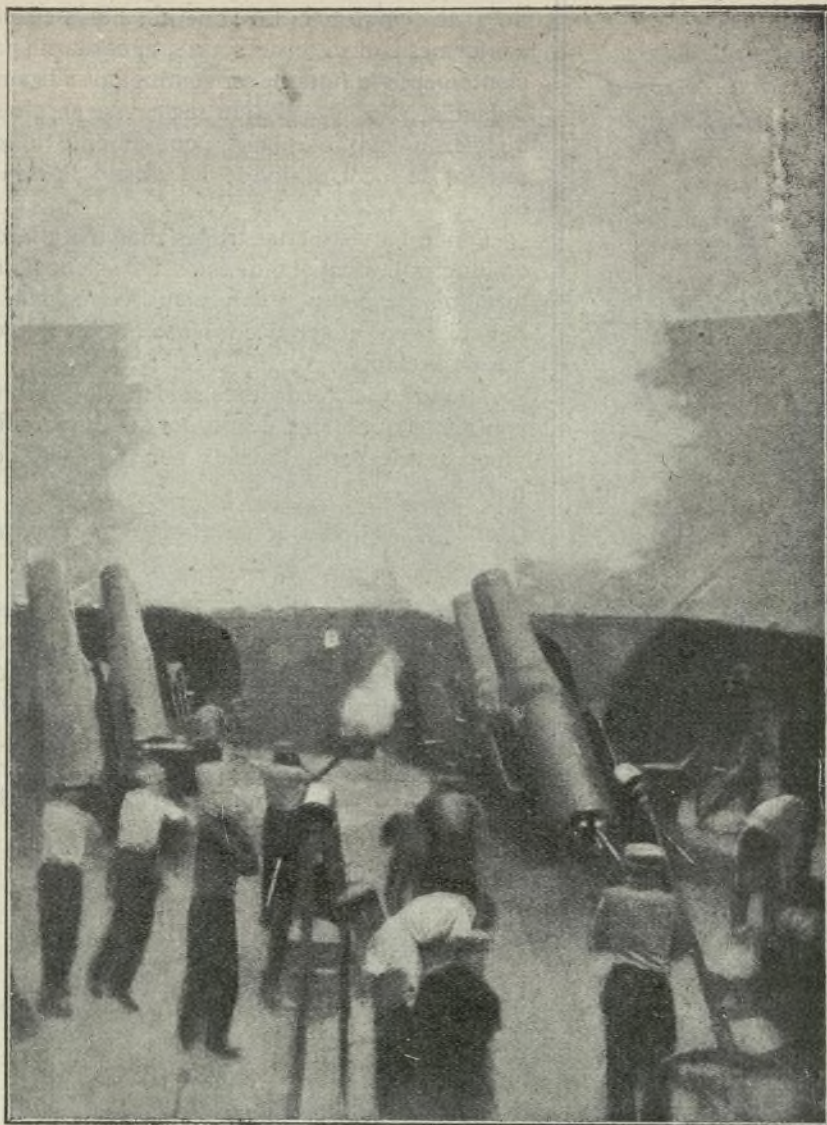
«¡Estos son verdaderos soldados, hombres completos que han peleado por su Emperador y por su rey, por la Patria y por su propio honor!»

(Del *Wochen-Ausgabe des Berliner Tageblatts*)

El hecho de armas a que se refiere la descripción anterior, fué uno de los varios episodios de la llamada batalla de Lorena, reñida desde el 12 al 21 de agosto. Ocho cuerpos de ejército franceses, formando el ejército del E., invadieron la Lorena, aguardándoles en la línea Saarburg-Dieuzemorhange siete cuerpos alemanes a las órdenes del



Instante que sigue a la salida del proyectil



El proyectil en el espacio, lanzado a la velocidad de 1200 metros por segundo

príncipe real de Baviera. Los franceses fueron derrotados, perdiendo 10.000 prisioneros y 100 cañones, y tuvieron que refugiarse al abrigo de los fuertes de Toul y Nancy; los alemanes, en pos de aquellos, entraron en el territorio francés.

Nota de la R.

LA GRAN BRETAÑA Y EGIPTO

Publicamos a continuación la proclama dirigida, el 7 de noviembre, por el comandante en jefe de las tropas anglo-egipcias, la cual pone de relieve la importancia que tiene para la Gran Bretaña la actitud de Egipto, en relación con el canal de Suez:

«Aunque desde el principio de la guerra entre Su Majestad y los Emperadores de Alemania y Austria, el gobierno otomano influido por los enemigos de Su Majestad ha violado repetidamente los derechos concedidos a Su Majestad por las leyes y tratados internacionales, el Gobierno de Su Majestad se ha abstenido escrupulosamente de adoptar resoluciones a que parecían provocarle, no sólo los preparativos militares en Siria que podían ir dirigidos contra Egipto, sino también la violación de la frontera egipcia por bandas armadas, y los abiertos e in-

justificados ataques de las fuerzas navales otomanas, mandadas por oficiales alemanes, contra los territorios de uno de los aliados de Su Majestad.

»La Gran Bretaña está combatiendo a la vez para proteger los derechos y libertades de Egipto, que fueron conquistados en los campos de batalla por Mehemet Alí, y para asegurar el reinado de la paz y prosperidad que este país disfruta desde la ocupación británica, hace treinta años.

»Reconociendo el respeto y la veneración que sienten los mahometanos de Egipto hacia el Sultán, por su jerarquía religiosa, la Gran Bretaña tomó sobre sí la pesada carga de la presente guerra sin pedir la ayuda del pueblo egipcio; pero espera, y requiere a su vez al pueblo, que se abstendrá de cualquier acto que pueda oponerse a las operaciones militares o ser de ayuda al enemigo.»

SOBRE LA VERACIDAD DE LAS NOTICIAS OFICIALES

Las más de las personas que siguen con atención el desarrollo de las operaciones militares, leen diariamente los comunicados oficiales y

oficiosos de los Gobiernos beligerantes, y a fin de cuentas no se forman idea de lo que sucede en los teatros de la guerra, ni de cuáles son los ejércitos que van obteniendo ventajas, por lo que no parece inoportuno examinar el grado de veracidad que ha de concederse a las referidas informaciones.

Ante todo conviene saber que los comunicados oficiosos se dirigen más a los países neutrales que a las naciones directamente interesadas. Las afligidas por el azote de la guerra tienen medios más lentos, pero más seguros y positivos de saber lo que acontece en las líneas de batalla, bien por los heridos y convalescientes, ya por los viajeros o por las cartas que las familias reciben de sus deudos, cartas que a pesar de estar sometidas a la censura, no dejan nunca de traslucir la situación y las impresiones de quien escribe. Además, los Gobiernos suelen dar listas de todos los generales, jefes, oficiales y tropa que han sucumbido o sido heridos al frente del enemigo, así como de los desaparecidos, figurando a la cabeza en este concepto, por la veracidad y exactitud de sus partes, Alemania y la Gran Bretaña. Pero los países neutrales no saben de la guerra más que lo que les cuentan los beligerantes, y es mucho más fácil despistar a la opinión de los neutrales que a la del país propio, de suerte que no ha de verse en los comuni-

cados que dan cuenta del curso de la guerra más que el deseo de mover cada cual a su favor la opinión del mundo en general.

Las noticias francesas que se dan a la publicidad no provienen del cuartel general, salvo contadísimos casos, sino del Gobierno de Burdeos. Esos comunicados están redactados con extraordinaria habilidad. Se les puede tildar de exagerados, pero no de falsos. Callan los sucesos desfavorables a sus armas y puntualizan las ventajas, aunque ellas se traduzcan en el avance de un sólo metro. Los relativos a la batalla de Charleroi fueron oscuros y truncados; los de la retirada que siguió a aquella derrota, sólo daban cuenta de los pequeños éxitos que se iban obteniendo contra las vanguardias enemigas, pero nada contenían sobre la situación general, ni sobre la marcha retrógrada. Por ejemplo, si en el retroceso una de las retaguardias francesas lograba detener el avance victorioso del enemigo algunas horas, aunque luego prosiguiera con más vigor la persecución, el comunicado francés decía que los alemanes habían sido derrotados en tal o cual punto; al día siguiente se repetía el hecho, y de nuevo los alemanes aparecían rechazados o vencidos en otro lugar; de suerte que era menester tener a la vista un detallado plano del terreno, donde figurasen pueblos insignificantes, para poder deducir que los aliados evacuaban el N. de Francia y se dirigían al S. La retirada de los alemanes a la línea del Aisne — espontánea y emprendida por su propia voluntad, según reconocen explícitamente los partes británicos y dan a comprender los mismos franceses para todo aquel que sepa leerlos — fué presentada como una victoria casi decisiva y brindó ocasión para multiplicar las noticias y enardecer el espíritu francés. La mayor habilidad de redacción se ha manifestado en la batalla del Aisne. Desde el 1.º de septiembre no ha habido batalla propiamente dicha, sino una sucesión de combates en que tan pronto atacaba un ejército como el otro, y que cesaron así que las dos líneas tomaron sus posiciones de equilibrio. Como es natural, unas veces eran los aliados los que ganaban terreno y otras veces eran los alemanes los que conseguían avanzar; pues bien, esos éxitos minúsculos de los dos partidos dieron lugar a unos comunicados monótonos y repetidos en que tres veces al día se afirmaba que los aliados avanzaban y realizaban continuos progresos, aunque lentos. Claro es, que si se prescindía de tales comunicados y se comparaba la situación de los dos beligerantes al fin de cada semana, se advertía que en general la situación se presentaba cada vez más favorable a los alemanes, aunque no en un grado decisivo ni mucho menos; y claro es, también, que si los progresos franceses hubieran tenido lugar constantemente en la misma dirección y sentido, los alemanes estarían hace ya tiempo en Lieja, aunque cada ventaja francesa se redujera a un avance de cien metros. En resumen, los comunicados franceses callan los reveses y declaran las ventajas, por pequeñas que sean y aunque se hayan trocado en retiradas a las dos horas.

Este modo de proceder es disculpable y acarreará positivas ventajas, manifestadas en los neutrales y no despreciables en el propio país. La persona ilustrada que no se satisface con vaguedades y sigue las operaciones de la guerra sin abandonar el mapa de la

mano, comprende desde luego lo artificioso del comunicado. Pero esas personas son las menos: los campesinos, los labriegos, los obreros, los simples artesanos, ni saben leer un mapa, ni disponen de él; no encuentran los pueblos en los mapas en pequeña escala que hay en las Alcaldías y establecimientos oficiales; los habitantes del S. ignoran donde están los ríos y ciudades del N.; y carece de toda idea geográfica sobre el teatro de operaciones, la población del campo que no reside en las provincias devastadas por la guerra. La lectura constante y repetida de los éxitos de su ejército acaba por hacerle creer que algo, por lo menos, hay de cierto, y renace la esperanza, mantenida también por los relatos de los periódicos franceses que vienen llenos de hazañas de sus soldados y sólo dan publicidad a los hechos en que los alemanes han llevado la peor parte.

En resumen, los comunicados franceses son incompletos y deficientes, pero no falsos en absoluto. Su defecto principal consiste en que no dan idea ninguna de la verdadera situación militar, y su ventaja en que citan localidades y puntos en que se encuentran los beligerantes.

El Gobierno alemán circula noticias oficiosas, exactas por punto general, pero poco concretas, de modo que tampoco por ellas se puede seguir la marcha de la campaña. Los partes oficiales del cuartel general no se dan a conocer periódicamente, ni siquiera todos los días; a veces trascurren dos o tres sin que el público tenga noticias oficiales. Siempre que el Gobierno lo estima conveniente, publica los partes oficiales del cuartel general. Son más veraces que los franceses, porque no exageran las victorias, ni encubren por completo las retiradas, pero tampoco hay completa sinceridad. No citan pueblos, ni posiciones, salvo raras excepciones; por ejemplo, al referirse a las plazas fuertes que caen en poder de su ejército, a las victorias de von Hindenburg y de Charleroi y algunas otras. Cuando se refieren a algún éxito, son veraces, y en este concepto ha de concedérseles pleno crédito, pues hemos tenido el cuidado de ir comprobando todos los que han declarado desde que la guerra comenzó, y ni una sola vez han resultado falsos. En cambio, palian o desfiguran los contratiempos, presentando los movimientos tan oscuros que hay que adivinar la verdad. En la presente guerra no tiene el gran cuartel general la sinceridad que en la de 1870-71; verdad es que entonces no tuvo que dar cuenta más que de victorias.

Los comunicados ingleses se caracterizan por el empeño de presentar al soldado británico como el mejor del mundo, debilidad disculpable, porque se endereza a fomentar el alistamiento voluntario; los comunicados se empequeñecen, con el mismo objeto, con detalles nimios y pormenores sobre lo satisfecho y contento que se encuentra el soldado en campaña; su defecto principal consiste en que se trasluce demasiado en ellos el odio al enemigo, contra el que se esgrimen armas literarias no siempre recomendables; resultan en compensación los más interesantes de todos. No señalan pueblos ni lugares. Puede decirse que están redactados exclusivamente para contribuir a activar la recluta voluntaria. Como demostración, nada mejor que recomendar al lector que se entere de los comunicados británicos que han aparecido casi in extenso en esta publicación, y



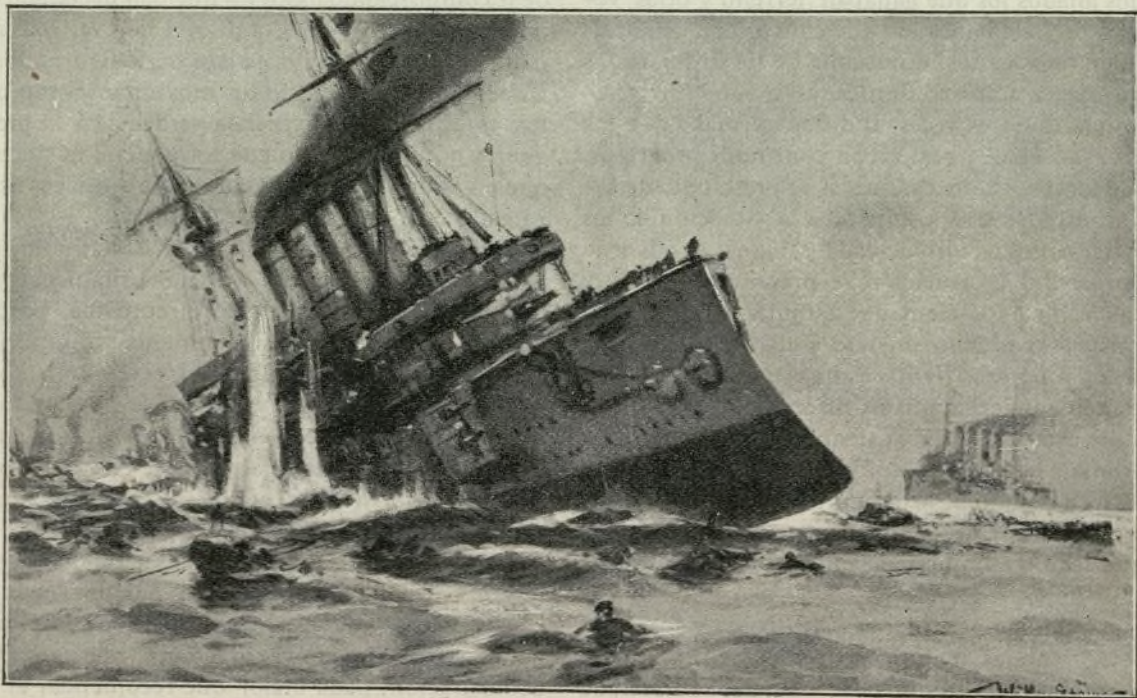
El general Joffre, generalísimo del ejército anglo-francés, hablando con el general Dubois



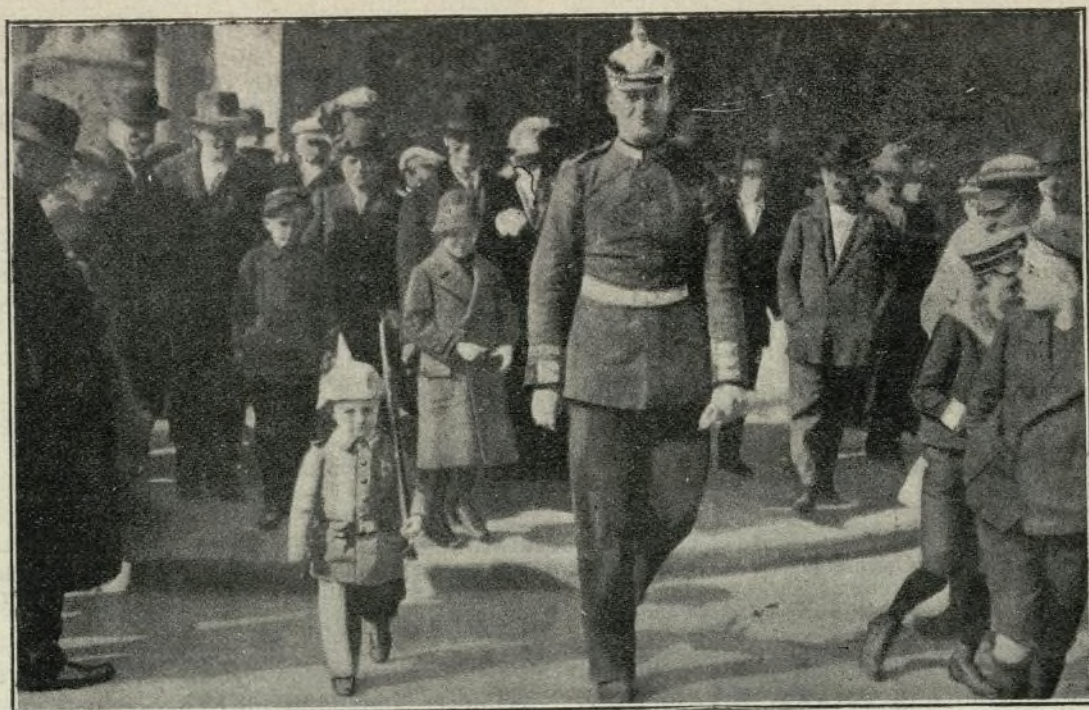
El general von Beseler, Comandante del ejército alemán que se apoderó de Amberes

compare la impresión general que de ellos deduzca con la realidad de los hechos; según dichos comunicados, el ejército británico ha llevado una existencia descansada y sin peligros desde mediados de septiembre a mediados de octubre, y no ha hecho otra cosa que mantener el cerco o sitio de las posiciones

alemanas, cazando a tiros a los enemigos que se atrevían a presentarse al descubierto; pues bien, oficialmente da a conocer el Gobierno británico, que desde el 12 de septiembre al 15 de octubre, su ejército de Francia ha tenido 13,000 bajas, entre muertos, heridos y desaparecidos, cifras que están en



El crucero acorazado británico *Cressy* en el momento de irse a pique, después de ser atacado por el submarino alemán *U. 9*



El soldado más pequeño de Alemania, paseando por las calles de Berlín, acompañado por su padre

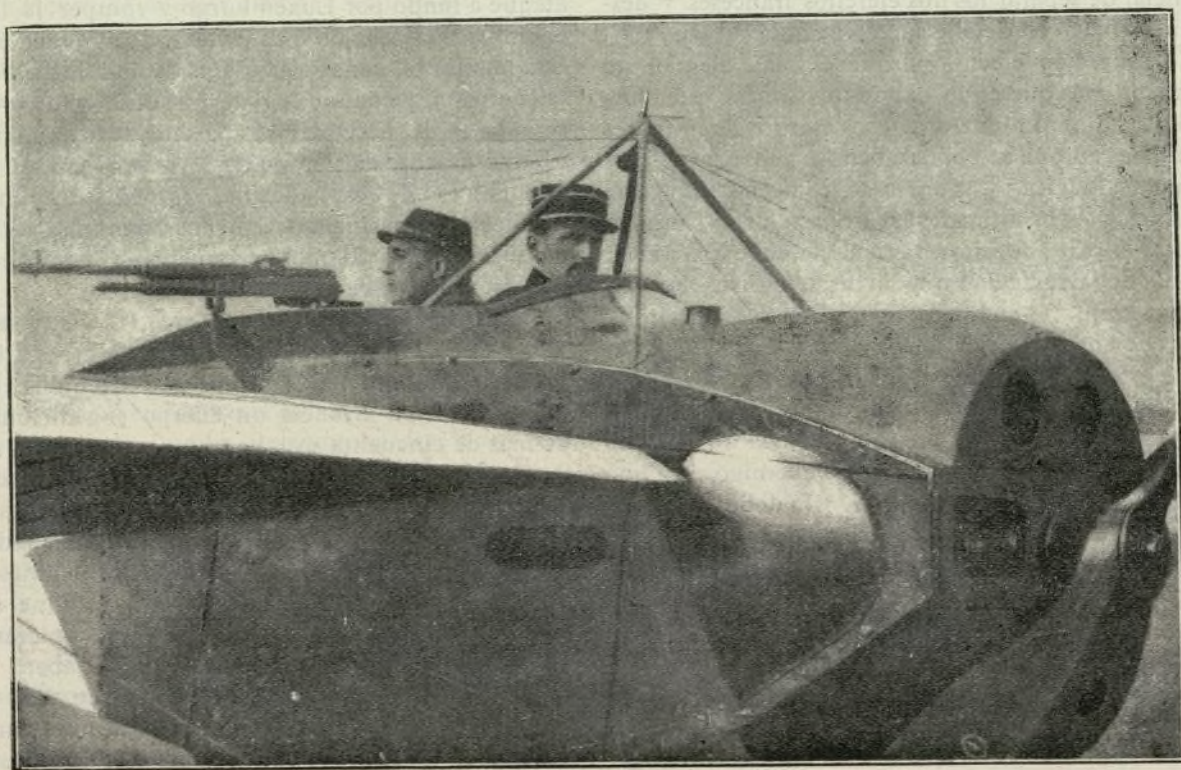
abierta contradicción con lo que se dice en aquellos comunicados.

Aleccionados los rusos por lo que les aconteció en la guerra de Manchuria, siguen ahora un proceder diametralmente opuesto. En aquella ocasión, no sólo confesaban las derrotas, sino que a menudo las exageraban y facilitaban el éxito del enemigo a la vez que sembraban el descontento en el pueblo ruso. En la presente guerra, por el contrario, exageran las victorias, dándoles proporciones inverosímiles y fantásticas, y ocultan por completo las derrotas; cuando las padecen y es imposible callarlas, por su grande alcance, se limitan a decir, algunos días más tarde,

que las exigencias estratégicas les obligan a suspender temporalmente las operaciones. Citan pueblos, pero no dan idea de los movimientos de los beligerantes. Los partes rusos no merecen el menor crédito.

Los austriacos son torpes en la redacción de sus noticias. Ponderan tanto como los rusos sus éxitos y ocultan sus derrotas con tan poca habilidad, que al leer cualquier persona imparcial la explicación que de ellas dan, se siente inclinada a creer que el fracaso ha superado a la realidad. Tampoco es posible conceder crédito a esos partes.

Nada decimos de las noticias montenegrinas y ser-



Un aeroplano acorazado francés, armado con una ametralladora

bías, porque no es posible tomarlas en serio. Lo más piadoso, lo mismo que en el caso de los belgas, es no mentarlas siquiera.

De lo que más ha de desconfiarse, es de las noticias que cada nación da de la marcha de las operaciones de sus respectivos aliados. Las noticias de lo que tiene lugar en el frente de operaciones ruso, tal como lo presentan los ingleses y franceses, dejan muy atrás a las moskovitas; todavía es más grave lo que dichos aliados han hecho con serbios y montenegrinos, exponiéndolos al ridículo. De la misma manera, los alemanes han paliado y desfigurado las derrotas aus-

tríacas, siendo menos imparciales para sus aliados que para ellos mismos.

Hasta ahora, los partes más veraces, verdaderos modelos de sinceridad y rectitud, son los de las operaciones navales, facilitados por los Almirantazgos británico y alemán.

Es digna de mencionarse la publicación de las relaciones nominales de muertos, heridos y prisioneros, dadas a conocer por los gobiernos inglés y alemán, y reproducidas en la prensa de aquellos países. Ni Francia, ni Rusia han imitado este ejemplo, síntoma indudable de fortaleza.

CRÓNICA MILITAR

I. El error del gran cuartel general alemán en el momento de estallar la guerra.—II. La conquista de Tsing-tau.—III. La campaña en la Prusia Oriental y en la Polonia rusa.—IV. La campaña en Galizia y en Bukovina.—La campaña austro-serbia.—VI. Los combates en Francia y en Flandes.—VII. El motivo de la lentitud de las operaciones en Francia.—VIII. La campaña ruso-turca.—IX. La situación el 22 de noviembre.

I.—El error del gran cuartel general alemán en el momento de estallar la guerra

En las muchas semanas transcurridas desde que estalló la guerra he ido recogiendo datos que esclarecen las sombras en que aún permanecen envueltas las operaciones preliminares de la invasión de Francia. Aun sin ellos, el simple y sereno examen de los acontecimientos posteriores da a conocer algo que apenas se había sospechado.

Recordará el lector que insistí en las primeras crónicas que la invasión de Francia no iba a tener lugar por Bélgica, sino que el punto escogido por el cuartel imperial era el Luxemburgo; y sostuve que el ejército que había entrado en Bélgica no era el más importante, puesto que la masa principal se concentraba más al S. para operar decisivamente por el camino más directo y ejecutar la maniobra esencial de separar los dos ejércitos franceses y destruirlos luego en detalle sucesivamente.

Y así era en efecto, porque el plan alemán no consistía más que en lo expuesto. Contra esta opinión se adujeron los numerosos escritos de militares alemanes en que se ponderaban las ventajas del camino de Bélgica, y sobre todo el hecho innegable de iniciar las hostilidades las tropas de von Emmich contra la plaza de Lieja. Pero hay mucho que hablar acerca de la veracidad que ha de atribuirse a las opiniones militares alemanas formuladas por escrito, y más adelante sabrá el lector algo que le hará ver claro este punto y que no dejará de sorprenderle; y en cuanto al hecho de la invasión de Lieja, no tiene más alcance que el de abrirse una línea auxiliar de invasión y llamar la atención del enemigo para que extendiera su frente hacia el N. y lo debilitara en el punto que iba a ser objeto del ataque principal.

Posible es que después de terminada la guerra y cuando se escriba la historia de ella, los alemanes sostengan que los acontecimientos políticos de la actitud de Inglaterra y Bélgica no les cogieron desprevenidos y que sus planes los tuvieron en cuenta desde el primer momento; como no se ha presentado la hipótesis contraria, no podrá argumentarse contra esta afirmación, aduciendo hechos tangibles

y evidentes; pero para algo sirve la lógica y algo da a conocer también lo que ha ocurrido después. Ciertamente, los alemanes temían y aun contaban con que Inglaterra se les pondría enfrente al estallar la guerra, pero no tan inmediata y resueltamente; y tampoco esperaban que la resistencia de Bélgica se pronunciara desde el momento mismo en que el primer uhlano pisara la frontera. Su plan tenía previstas estas contingencias, aunque para más adelante, y, como es natural, el que se empezó a desarrollar tuvo que acomodarse al estado de cosas sobre el que no había duda: la guerra con Francia.

En consecuencia, se proponían los alemanes destacar un ejército a Bélgica para ocupar la línea del Mosa y amenazar las plazas francesas del N., las más vulnerables y débiles, para obligar a los franceses a prolongar hacia el N. en pleno período de concentración su frente de batalla, y entonces ejecutar un ataque a fondo por Luxemburgo y romper la línea enemiga; la situación que se crearía, de tener éxito esta maniobra, conduciría a una rápida decisión de la campaña, y cuando Inglaterra quisiera intervenir sería ya tarde. Este plan se apartaba de lo anunciado ostentosamente en tiempo de paz, pero era el más racional y el de resultados más inmediatos, aunque implicaba el sacrificio de muchos hombres, sacrificio más que sobradamente compensado por la corta duración de la guerra.

Pero con profunda sorpresa para los alemanes, a la vez que los belgas les cerraban el paso por Lieja, los ingleses, a quienes se creía desprevenidos, desembarcaban en Francia un cuerpo expedicionario de más de cincuenta mil hombres, a los pocos días de declarada la guerra, y se apresuraban a reforzarlo con nuevos y fuertes contingentes. Aun antes de esto, Inglaterra fué la primera que tomó una actitud francamente hostil y desenvainó el acero antes de que rompiera la marcha la primera columna alemana. Ya no era posible retroceder, ni aplazar el despliegue tal como se había planeado, a saber:

Para ejecutar la invasión del modo que dejó indicado, Alemania concentró un ejército de cuatro cuerpos en las fronteras de Bélgica; otro del mismo efectivo en Luxemburgo y otro análogo en la región

de Metz. Sobre Lorena y Alsacia fueron dirigidos otros dos ejércitos, y quedaron en segunda línea—previsión cuyo alcance no tardó en ponerse de manifiesto,—ocho o nueve cuerpos que serían arrojados en la dirección más conveniente, según la marcha que tomara la guerra. En resumen, la zona de la primera concentración era la que se extiende desde el Luxemburgo belga hasta Metz.

Estas medidas estaban en curso de ejecución cuando se dió a von Emmich la orden de que entrara en Bélgica. El 4 de agosto no cupo duda acerca de la actitud de los belgas, pero se abrigó todavía la esperanza de que un castigo enérgico les haría comprender la inutilidad de la resistencia. Lieja fué reciamente acometida y cayó a los tres días. El 7 de agosto abría las puertas a los alemanes, excepto algunos fuertes que no tardaron en quedar reducidos a escombros. No obstante, lejos de amedrentarse, los belgas corrieron enardecidos a las armas, a la vez que desembarcaban en el continente las primeras tropas inglesas. Ya no era la guerra con Francia, que tan poco preocupaba al gran cuartel general alemán, sino el choque con la Gran Bretaña; el plan primitivo tenía que modificarse, o, por mejor decir, había de ser substituído por el ya preparado para el caso de la intervención de Inglaterra. Esa substitución no podía hacerse desde el primer día, porque ello hubiera equivalido a aplazar la invasión de Bélgica, con la consiguiente pérdida de tiempo. Era menester sostener el paso inicial, pero ajustándolo al nuevo estado de cosas. A este efecto, se varió la concentración casi totalmente: los ejércitos que debían dirigirse a Lorena y Alsacia fueron detenidos y despachados a Bélgica; uno de los ejércitos que habían de quedar en segunda línea marchó asimismo en la misma dirección; y poco a poco tres ejércitos fueron entrando en Bélgica y corriéndose de E. a O. para abatirse luego hacia el S. Dejó de ser la masa resolutive la del Luxemburgo y sector de Metz, y el centro de gravedad de la línea alemana se trasladó mucho más al O.

Por perfecta que fuera la red de ferrocarriles alemanes y completos los preparativos de guerra, no se varían los puntos de concentración de masas de centenares de miles de hombres sin que se sufran retardos y entorpecimientos, y sin que el resto de la línea no se desorganice más o menos.

Consecuencia de ese cambio fué en primer lugar la lentitud del despliegue de los ejércitos segundo y tercero en Bélgica; consecuencia de ello fué también la rápida retirada de las tropas que habían comenzado a reunirse en la Alsacia y el movimiento de toda el ala izquierda hacia el N., hasta llegar a concentrarse en la Lorena los cuerpos que primitivamente tenían que situarse en la Alsacia.

Fué aquel un período de extremada gravedad para los alemanes y de verdadera crisis, del que salieron triunfantes gracias a la cohesión de sus tropas y a la mayor rapidez de su concentración con respecto a los franceses.

Los siguientes hechos justifican mejor que largos razonamientos la exactitud de cuanto vengo diciendo. El día 7 entraron los alemanes en Lieja. El mismo día quedó casi terminada la concentración de los dos ejércitos de Luxemburgo y de Metz (Lorena). El día 8 se hizo patente que los alemanes habían retira-

do fuerzas de Alsacia, haciendo posible la incursión francesa hacia Mulhouse. La resistencia opuesta por los belgas fué, militarmente considerada, insignificante, incapaz de detener a un ejército de sólo cincuenta mil hombres. No obstante, a pesar de que desde el 7 de agosto la masa principal alemana estaba ya en disposición de comenzar su despliegue estratégico, hasta el día 20 no llegaron las vanguardias alemanas a la altura de Charleroi. Y ese mismo ejército que tardó trece días en recorrer 80 kilómetros (desde la frontera belga a Charleroi), cuando apenas tenía que vencer ninguna oposición formal, ejecutó acto seguido una marcha de 200 kilómetros, hasta el Marne, en nueve días, sin cesar de combatir contra un enemigo fuerte y bien organizado. Es decir, que todos los ejércitos alemanes llegaron oportunamente a la zona de concentración que se les había señalado, excepto los dos de Bélgica (Bulow y Kluck) que siguieron al primero. No es posible que haya prueba más palpable y convincente de que los tales ejércitos no tenían al principio ordenada su acción en Bélgica. Si en lugar de dirigirlos a otra parte o tenerlos en reserva, la concentración se hubiera efectuado teniendo en cuenta la resistencia de Bélgica y la actitud de Inglaterra, la línea Namur-Mons se habría alcanzado probablemente seis o siete días antes, entre el 13 y el 15 de agosto, y la derrota de los franco-ingleses fuera decisiva. Por otra parte, siendo público y notorio el entusiasmo que el Kronprinz despertaba en todas las clases de Alemania y principalmente en el ejército, no parece probable que se le encomendara el mando del ejército más fuerte, sí, pero que menor papel había de tomar en la guerra, toda vez que la preponderancia que adquirieron las operaciones en el N. y las batallas en Lorena condujeron a que las tropas de Luxemburgo quedaran casi obsoletas. Finalmente, aunque a todos constaba que la movilización y concentración alemanas serían más rápidas que las francesas (y lo fueron efectivamente en lo que concierne a los ejércitos cuyo destino primitivo no fué modificado), el ejército francés del E. se encontró en estado de tomar la ofensiva antes que el alemán de Lorena, por lo que éste tuvo que replegarse, hasta que el 18 de agosto halló reunidas sus fuerzas y pudo lanzarse al ataque; ese ejército alemán de Lorena tenía que operar más al S., en Alsacia, según el plan primitivo de concentración.

Dedúcese de lo expuesto que el apoyo de Inglaterra y la actitud de Bélgica libró de un desastre a los franceses y obligó a los alemanes a comenzar la campaña con el pie forzado de una concentración que no se ajustaba al estado de cosas que acababan de presentarse.

Hasta qué punto la intervención de Inglaterra acarreó la modificación del plan alemán, lo demuestra el hecho de que durante las jornadas comprendidas entre el 25 de agosto y el 3 de septiembre, cuando los aliados estaban en plena retirada y apenas presentaban resistencia a las vanguardias enemigas, el cuartel general alemán no se preocupó de llegar al mar del N. ni al estrecho de Dover, sino que prescribió a sus tropas la dirección general S. E. Es evidente que si en aquella ocasión se hubiera destacado un cuerpo hacia Calais o Dunquerque, habría conseguido por lo menos, ya que no ocupar esas pla-

zas, tomar buenas posiciones para abrir la segunda campaña bajo mejores auspicios que los sobrevenidos posteriormente. Todavía en aquella ocasión no



S. A. R. el príncipe inglés Mauricio de Battenberg, hermano de S. M. la Reina de España, muerto gloriosamente al frente del enemigo

creían los alemanes en la resuelta actividad de Inglaterra o, lo que es más probable, no habían previsto que se pronunciara tan pronto, y por consiguiente no adoptaron al comenzar la campaña las medidas que más tarde han considerado indispensables.

En agosto y septiembre, la campaña en el oeste ha ido dirigida contra los franceses; desde los últimos días de septiembre el objetivo es Inglaterra, y

como preliminar fué necesario acabar con la resistencia de los belgas.

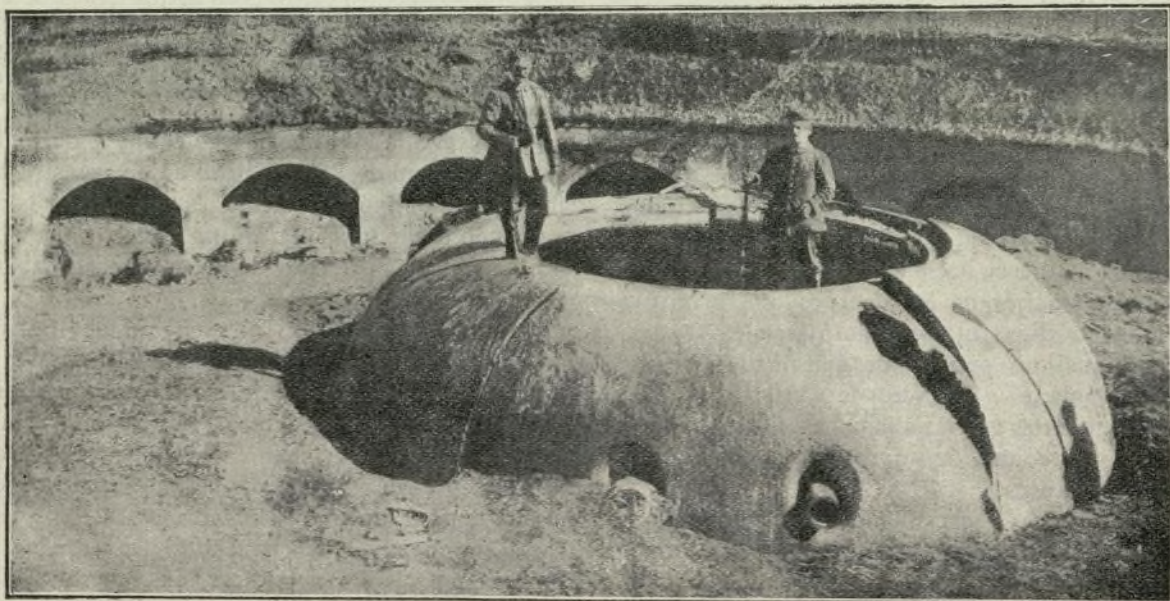
Posible es que cuando el Estado Mayor alemán escriba la historia de la guerra sostenga que se había previsto todo lo que iba a acontecer; esta confesión equivaldría a reconocer el error inicial del alto mando, y éste ha dado hartas pruebas de su capacidad para que se le haga responsable de una equivocación que, en su origen, era ajena a la esfera peculiar de sus atribuciones.

Y si a estas consideraciones se agrega la circunstancia de que los rusos estaban movilizados cuando los alemanes creían que aún no se había dado la orden por el Czar, se concluirá que la fase más crítica de la guerra para Alemania fué la primera, la del mes de agosto. Tuvo que poner en ejecución su nuevo plan, por lo demás ya estudiado con antelación, teniendo a sus tropas empeñadas en las dos fronteras con arreglo a otras ideas. Lo perfecto de su mecanismo y la energía del mando y de las tropas, la libraron de un doble golpe que pudo ser irremediable. A la rapidez de los primeros días ha substituído ahora la prudencia y el deliberado propósito de economizar sus fuerzas.

II.—La conquista de Tsing-tau

El ultimatum presentado por el gobierno japonés al alemán, el 15 de agosto, quedó sin respuesta, y aquel declaró la guerra el 23 del mismo mes.

Cuatro días más tarde, el 27 comenzó el bloqueo de Tsing-tau. El 18 de septiembre se embarcaron las tropas japonesas en la bahía de Laoshan, incorporándose a ellas un destacamento expedicionario británico mandado por el general Barnardiston. El 26, los aliados ocuparon, tras un serio combate, las dos orillas del Lirtsun, consiguiendo acercarse lentamente a la línea fortificada en los días sucesivos. El 2 de octubre se abrió el fuego de la artillería contra la fortaleza. El día 14, la escuadra japonesa demolió en parte, con el tiro de sus cañones, los fuertes del Iltis y el Kaiser. El asalto se señaló para el día 31,



Una cúpula de uno de los fuertes de Maubeuge, después de ser alcanzada por un proyectil alemán de 42 centímetros. Saltó la parte superior y resultaron agrietadas las paredes

sosteniéndose entre tanto un vigoroso cañoneo por mar y por tierra contra los fuertes, cuyos fuegos quedaron apagados antes de aquella fecha. La tentativa de ataque a viva fuerza del 31 de octubre fué rechazada, y de nuevo prosiguió el bombardeo. El 6 de noviembre, una columna mandada por el general Iosimi llamada se apoderó del fuerte principal, a la vez que el ala izquierda de los aliados penetraba por otros puntos de la línea de defensa. El 7 de noviembre la plaza capituló, quedando prisioneros de guerra su comandante, que resultó herido, y 2.300 hombres. Se cree que la fuerza de la guarnición antes del sitio no llegaba a 3.000 hombres.

Las bajas de los japoneses ascendieron a 1.584 hombres, entre muertos y heridos y las de los ingleses no llegaron a 150. Antes de capitular, los defensores echaron a pique el crucero austriaco *Kaiserin Elisabeth*, que se encontraba en el puerto, así como dos cañoneros y un destroyer alemanes.

Privada de comunicación y sin esperanza de ser socorrida, no era dudosa la suerte de la plaza. No obstante, quedó a salvo el honor de las armas y se consiguió contener al sitiador durante seis semanas, dando el gobernador un ejemplo al que no pudieron llegar las numerosas plazas belgas y francesas tomadas por los alemanes en el mes de agosto.

El crucero protegido *Takachio*, perdido por los japoneses durante el sitio, fué construido en 1885, tenía 3.700 toneladas y estaba armado con 8 cañones de 15 centímetros, 2 de 5,7 y 2 tubos lanza-torpedos. Perdieron también el torpedero número 33, por la explosión de un torpedo.

El *Kaiserin Elisabeth* databa de 1890, tenía 4.060 toneladas y estaba armado con 8 cañones de 15 centímetros y 14 de 4,7.

III. — La campaña en la Prusia oriental y en la Polonia rusa

En las fronteras de la Prusia oriental continúan los combates con resultado indeciso. En unos puntos han sido rechazados los alemanes y en otros los rusos. Las tentativas de éstos para repetir la invasión que fracasó en agosto, no dan mejores resultados, porque no han podido adelantar más allá de 15 ó 20 kilómetros, y han tenido que replegarse casi en todas partes. Algo parecido les ha acontecido a los alemanes, aunque no han tratado de internarse en Rusia, sino sólo de contener al enemigo dentro del territorio de éste. Las fuerzas alemanas son de escasa importancia, y no parecen ser mucho más fuertes las del adversario. Como quiera que en aquella región se dejan sentir con mucha intensidad los fríos del invierno, no es de creer que la campaña se active por ahora, aunque la línea de invasión no presenta en este período tantos obstáculos como en el resto del año, y sobre todo como en la primavera, por helarse los lagos y los pantanos que bordean a corta distancia la frontera.

Dada la situación en saliente de la Prusia oriental con respecto al resto del teatro de la guerra en Rusia, y su proximidad al mar Báltico, constituye aquella comarca el punto natural para una acción enérgica de Alemania contra Rusia. No ha sido así, y por consiguiente este solo hecho basta, si no lo hubiesen revelado las operaciones militares hasta

ahora realizadas, para concluir que los alemanes no se proponen ni se han propuesto hasta el presente momento tomar una ofensiva a fondo contra Rusia.

Más al S., en la Polonia rusa, han tenido batallas de importancia.

No sólo retrocedieron los alemanes al llegar cerca de Varsovia porque ya los rusos habían logrado concentrar en el Vístula medio la masa principal de sus fuerzas, sino también porque una fracción numerosa del ejército moscovita se había trasladado al N. del río y apoyándose en las plazas de Varsovia y Modlin amenazaba envolver toda la izquierda alemana. Al replegarse los invasores hacia la línea del Warta, llamaron hacia su izquierda el grupo principal de su caballería, y al mismo tiempo dispusieron que las tropas que se hallaban en la parte SE. de la Prusia oriental en la dirección de Soldau, se movieran más al S., con objeto de cubrir la orilla derecha del Vístula. Entre tanto, el ejército principal retrocedió lentamente, y sin perjuicio de cubrir el Warta reunía fuerzas importantes en las dos alas, para proteger los dos puntos débiles, y que constituían las entradas naturales en Silesia y Prusia: Cracovia y Thorn. Dejando retaguardias destacadas a 30 kilómetros del grueso, los alemanes observaron perfectamente la dirección principal del movimiento de los rusos.

Estos no se han conducido con la prudencia que era de esperar dados sus fracasos anteriores. Ya en la última parte de la *Crónica* anterior, apunté la posibilidad de que los rusos olvidaran las lecciones pasadas y volvieran a incurrir en una torpeza análoga a la del mes de agosto. Y así ha acontecido.

La línea del Warta es muy fuerte, no sólo por la presencia del río, invadeable, sino porque su curso está en gran parte acompañado por terrenos pantanosos, insuficientemente congelados en esta época del año, lo cual reduce mucho el frente de ataque y permite concentrar la defensa en determinados lugares. Pero entre el Vístula y el Warta, cuando uno y otro se dirigen casi perpendicularmente a la frontera prusiana, queda un amplio boquete abierto y llano, cerrado sólo, ya dentro de Prusia, por la plaza fuerte de Thorn. El avance por este lugar no es tan seguro ni exento de peligros como podría creerse, si se atiende a que los dos ríos limitan el despliegue de las fuerzas y sus maniobras y a que la salida está barrada por aquella fortaleza.

Los rusos dirigieron la masa principal de sus fuerzas de Polonia en la dirección del referido boquete, tal vez engañados por la disposición de las retaguardias alemanas; las divisiones de caballería que precedían el avance, fueron derrotadas cerca de Kolo por la caballería alemana apoyada por un destacamento de infantería, no obstante lo cual siguió la marcha ofensiva en la misma dirección. Los alemanes, que, como queda dicho, iban reuniendo tropas en las dos orillas del Vístula, dejaron que se internase entre los dos ríos el enemigo, fuerte de unos seis o siete cuerpos de ejército, y entonces le atacaron simultáneamente en las dos orillas del río. En el N., las tropas de Soldau y Lipno rechazaron victoriosamente el avance moskovita, haciendo más de 5.000 prisioneros y cogiéndole abundante material de guerra y empujándole hacia Plok. Al mismo tiempo, el ejército principal le acometía de frente, entre el Vístula

y el Warta, y le atacaba de flanco, poniéndole en derrota. El general comandante del distrito de Varsovia, con todo su cuartel general y más de 23,000 hombres quedaron prisioneros, y los rusos perdieron un copioso número de ametralladoras y cañones. Como resultado de este combate, cuya acción más empeñada tuvo lugar en los alrededores de Wloclawieck, los rusos retrocedieron rápidamente y en desorden hasta Kutno, abandonando 40 kilómetros en manos del vencedor. Si la invasión de los alemanes en Polonia y el retroceso que la siguió inmediatamente, terminó sin derrota ninguna y con sólo la pérdida de unos 5,000 prisioneros, según las noticias rusas, la reacción de los moskovitas ha sido un nuevo desastre para ellos. Se confirman en esta campaña las cualidades maniobreras sobresalientes del ejército alemán y lo deficiente que es en este concepto el ejército ruso.

No es de esperar que los alemanes prosigan la persecución del enemigo y vuelvan a internarse en Polonia sin alejarse de su línea natural de defensa y de su base de operaciones. No pueden hacer nada mejor para oponerse a la invasión de la Prusia occidental, que mantenerse en las posiciones que ahora ocupan, las cuales son a la vez excelentes para observar y frustrar un avance victorioso de los rusos por Cracovia en la dirección de Silesia. La campaña en Polonia, si los rusos no insisten por tercera vez en movimientos que les han de costar caros frente a un enemigo tan capaz como el que se les está oponiendo, parece que está tocando a su fin; en la primavera volverá a reanudarse, si antes no se ha resuelto la situación indirectamente en otro teatro.

IV. — La campaña en Galizia y en Bukovina

No cabe ya duda que los austriacos se replegaron al mismo tiempo que los alemanes de Polonia y tan espontáneamente como éstos. Los rusos no les derrotaron. Los combates de retaguardia sostenidos durante el repliegue dieron origen a los pretendidos éxitos de los rusos, a quienes no puede negarse que les correspondió el triunfo estratégico en la pasada campaña de Polonia, triunfo estratégico que no fué acompañado de una victoria táctica digna de este nombre.

Adelantándose a las tendenciosas noticias que se reciben de Rusia, los austriacos han dado a conocer que adoptan una actitud puramente defensiva; que han evacuado casi toda la Galizia que en parte habían reconquistado; que han dejado relegadas a sus propias fuerzas las plazas de Przemyśl y Cracovia, y que no ha de pasar mucho tiempo sin que el enemigo las asedie. En la Bukovina combaten fuerzas escasas, y parte de aquella comarca ha vuelto a ser ocupada por los rusos.

¿Qué motivos han inducido a los austriacos para desistir de la resistencia en Galizia, que les iba dando buenos resultados, dejar desamparada a Przemyśl y sin cubrir a Cracovia?

La línea natural de defensa, la frontera geográfica entre Austria-Hungría y Rusia es la cordillera de los Cárpatos, mientras que la Galizia, llana y sin obstáculos, exigiría efectivos considerables para sostener la guerra con probabilidades de éxito. Por consiguiente, el abandono de aquellas provincias y el repliegue a la línea de los Cárpatos, indica ante todo,

que los austriacos persiguen a todo trance la economía de fuerzas. Si el adversario no se contenta con observar las dos plazas fuertes de la Galizia y trata de tomarlas por asalto, perderá mucha gente, y el sacrificio será incomparablemente mayor si a todo trance pretende cruzar los Cárpatos. Aunque triunfara en estos primeros empeños, quedaría en mala situación para resistir luego la acometida del ejército austriaco casi intacto y la del alemán situado más al N. Los comienzos de la campaña serían acaso brillantes, pero su decisión final desastrosa.

Por otra parte, mientras se mantenga en la línea del Warta el grueso del ejército alemán del E., con el agrupamiento de sus masas en los dos flancos, no corre inminente peligro la entrada por Cracovia, y por lo tanto no estarán seriamente amenazadas ni Silesia ni Hungría. De suerte que todo indica que ni Austria ni Alemania consideran que por ahora les conviene llegar a un choque decisivo en su guerra contra Rusia, y del mismo modo que los alemanes han pospuesto esta campaña a otras conveniencias, han hecho lo mismo los austriacos, aunque seguramente con más dolor que sus aliados, toda vez que dejan en poder de los rusos grandes pedazos del territorio nacional.

V. — La campaña austro-serbia

Coincidiendo con la retirada austriaca en Polonia y Galizia, se ha vuelto a repetir la invasión de Serbia, esta vez con mejores resultados que la primera. Muy mermados los efectivos de los serbios por las campañas anteriores, no han podido resistir con la misma eficacia; y si en el mes de agosto los austriacos pudieron entrar en el país enemigo y adelantar en él, aunque a costa de severas pérdidas, ahora les ha sido más fácil derrotar a los serbios. Vencidos éstos en el frente comprendido entre Sabac y Rogatka, se han replegado al E. de Valjevo, a donde han llegado las vanguardias austriacas. Para que este movimiento de avance haya podido ejecutarse, menester es que Austria haya reforzado sus efectivos en las fronteras serbias, efectivos reducidos a meros cuerpos de observación durante los meses de septiembre y octubre: en septiembre por haberse hecho amenazador el peligro ruso y tener que acudir a afrontarlo y en octubre para entablar la ofensiva contra Rusia, de concierto con los alemanes.

Es difícil averiguar los verdaderos motivos de esta actividad contra Serbia. Lo más probable es que así como la vigorosa ofensiva de Alemania en la Polonia fué inmediatamente seguida por la entrada en línea de Turquía, la invasión austriaca en Serbia se dirija a promover la cooperación de Bulgaria y tal vez de Rumanía, o si no la cooperación de ambas, por lo menos la neutralidad cierta y verdad, que deje libre a Turquía para enviar sus tropas de Europa a otros puntos más delicados y vulnerables de Rusia. Se insinúa también que la ocupación de Serbia sería un hecho de gran trascendencia del que se servirían los austro-alemanes como instrumento a su favor al negociarse la paz. Pero no parece probable que en el plan de los germanos entre este pensamiento, porque Serbia no se doblegará tan fácilmente como Bélgica, y la completa sumisión de aquel pequeño reino, sobre ocasionar la empresa severas pérdidas a Aus-

tria, obligaría a empeñar más de la mitad del ejército austriaco.

Lo más interesante de la nueva situación, es que no debe ser tan apurada la posición de los austriacos en la frontera de Rusia, cuando han sacado tropas de allí para enviarlas a Serbia.

VI.—Los combates en Francia y en Flandes

Lentamente, pero de un modo persistente, se pronuncia el avance de los alemanes en el N. E. de Francia. En el sector comprendido entre Arras y Lille, este avance ha sido más manifiesto, y como en tal dirección se encontraría la resolución de la campaña en Flandes, no cabe duda que allí los aliados han concentrado la masa principal de sus fuerzas. Desde el 6 de noviembre, se encuentran en poder de los alemanes La Basée y todos los territorios inmediatos, formando una punta que entra en las líneas enemigas más de quince kilómetros. Las inundaciones provocadas por los belgas en la orilla izquierda del Iser han contenido a los alemanes, que, dígame lo que se quiera, no se proponen ningún objetivo interesante entre Iprés y el estrecho de Dover. Les conviene, sí, inmovilizar en aquel paraje el mayor número posible de fuerzas enemigas, pero nada más. La resolución, cuando llegue el momento de obtenerla a todo trance, ha de buscarse más al S.

La iniciativa sigue estando en el campo alemán. A pesar de la superioridad de fuerzas de los aliados, están sujetos a los ataques de los alemanes, y toda su actividad se reduce a tratar de resistir en todo el frente. Si la campaña adelantara con tanta lentitud como en los dos últimos meses, tardarían todavía los alemanes cerca de dos meses en llegar a Calais, suponiendo que se lo propongan.

En el resto de la línea, los alemanes han obtenido también algunos éxitos parciales en la región de Soissons y parece que han adelantado por el S. de Verdun. En los demás puntos no ha habido nada saliente o digno de ser mencionado. En los pasos de los Vosgos se libran pequeños encuentros, sin importancia. Nada se ha dicho de los morteros de 42 centímetros, pero hay indicios que permiten suponer que han comenzado su obra destructora en el Este de Francia.

VII.—El motivo de la lentitud de las operaciones en Francia

Se ha dicho y repetido que la potencia extraordinaria de la artillería moderna y la eficacia de la fortificación de campaña han sido los motivos de que los alemanes, y por consiguiente los aliados, hayan substituído en este período la maniobra, que tan buenos resultados diera en el mes de agosto, por el avance paso a paso. Hasta plumas autorizadas alemanas son de esta opinión; pero, como en otra crónica demostraré, no hay que hacer demasiado caso a lo que digan los escritores militares alemanes, porque no sería ésta la primera vez que despistan con sus alegatos a sus rivales. Ni la artillería ni la fortificación impiden la maniobra, ni ésta, por mucho que adelanten aquellas ramas del arte militar, llegará a desaparecer. La materia será debidamente estudiada con la extensión que merece, en otra oca-

sión. Por ahora, baste con hacer constar que tratándose de un enemigo de situación tan privilegiada como la Gran Bretaña, un éxito prematuro podría resultar funesto a la larga.

Una victoria decisiva de los alemanes en Francia daría por inmediato resultado la suspensión del envío de refuerzos ingleses al continente, y una mayor actividad en el alistamiento en Inglaterra, alistamiento que hasta ahora ha dado resultados bastante deficientes; además, toda la nación se agitaría y movería en defensa de sus intereses, directamente amenazados, y Alemania, si bien derrotaría a Francia, habría provocado la aparición de las inmensas fuerzas de resistencia de Inglaterra. Muy posible es que en tal hipótesis el ejército británico, bajo la amenaza de quedar cortadas las comunicaciones marítimas se reintegrara a su país, consolidándose más aún la situación de la Gran Bretaña.

Conviene a Alemania que las fuerzas británicas de primera línea, las únicas que realmente merecen el nombre de ejército, estén en Francia o en otro punto del continente, para que si las circunstancias se desenvuelven a satisfacción de los alemanes se sienta Inglaterra desamparada y débil en el momento de la crisis. Según esto, no les interesa, antes al contrario, una inmediata resolución de la batalla hace tres meses empeñada, sino cuando el estrecho de Dover esté cerrado.

Es de presumir que la actividad alemana se concentra en este último objetivo, que requiere: la construcción de fuertes baterías artilladas con piezas de grueso calibre y mucho alcance en el litoral belga; la formación de buenas bases para submarinos y torpederos, y el transporte de éstos a dichas costas; el fondeo de torpedos sumergidos en toda la anchura del canal, así como en las costas de Irlanda; esta última labor, aunque tropezando con enormes dificultades, ha comenzado ya a ejecutarse; no se ha hecho pública. Aislada Inglaterra, en lo que cabe, habrá llegado la ocasión de procurar la terminación rápida de la campaña en Francia. Una acción enérgica de los alemanes antes de haber ultimado aquellas medidas preliminares, obedecería a una causa completamente opuesta: a que los refuerzos de los aliados crecieran tan rápidamente, que llegara a ser peligrosa la prolongación de la situación actual. Pero como los ingleses han tenido que enviar tropas de la India al litoral del Africa oriental, donde los alemanes están obteniendo incesantes ventajas, y han reforzado también sus tropas de Egipto y de la frontera asiática con Turquía, no parece que ha de presentarse por ahora la eventualidad de que los alemanes tengan que tomar una ofensiva forzada e impuesta por las circunstancias.

VIII.—La campaña ruso-turca

Apenas declarada la guerra por Turquía a Rusia, las tropas rusas del Cáucaso cruzaron la frontera y arrojaron al S. a los contingentes enemigos que cubrían los puestos avanzados. Esta acción tuvo lugar principalmente entre Erzerúm y el mar Negro. En compensación, en la región del E., los turcos, apoyados por las bandas persas que hace cerca de dos meses se alzaron contra Rusia, traspusieron la frontera y se internaron en país enemigo. Estos encuentros fueron

de escasa importancia; pero los rusos juzgaron equivocadamente que el adversario no estaba preparado, y luego de expulsar de la región del Este a los destacamentos turco-persas, concentraron todas las tropas que tenían a mano y marcharon en dirección de Erzerúm, con el propósito de adueñarse de esta plaza, que anhelan desde la campaña de 1878.

Conviene recordar que antes de la guerra turco-rusa la cordillera del Cáucaso era sensiblemente la frontera geográfica entre los dos Imperios, pero a consecuencia de aquella campaña los rusos se anexionaron una faja al pie de la cordillera, comprendiendo la fortaleza de Kars, que habían tomado por asalto en los primeros días de la guerra. La frontera favorece, pues, a Rusia, que se encuentra protegida fuertemente por el Cáucaso y con la facultad de entrar en territorio turco sin necesidad de vencer ningún obstáculo natural.

Contrariamente a lo que creían los rusos, sus adversarios hacía ya tiempo que se preparaban para la guerra y habían reunido fuerzas importantes en aquella región, que siempre ha estado guarnecida por tropas numerosas a consecuencia de los disturbios en la Armenia. El movimiento de avance de los rusos en dirección a Erzerúm fué victoriosamente rechazado cerca de Keupre-Keui, en el camino de Kars, perdiendo el invasor ocho mil prisioneros y teniendo que retirarse en completo desorden más allá de la frontera.

Esta victoria de los turcos es importante, no porque conduzca a ningún resultado decisivo, que no puede lograrse en la presente estación en una comarca tan castigada por las nieves y barreada por el Cáucaso, sino por el entusiasmo que ha despertado en los musulmanes y sobre todo en Persia. Las consecuencias no será Rusia quien las toque de cerca, siendo más probable que el golpe, si se repite, repercuta sobre Inglaterra.

Entre tanto, los barcos turcos bombardean los puertos rusos del mar Negro, y los rusos hacen lo mismo con los enemigos de dicho litoral.

IX.—La situación el 22 de noviembre

Los nevascos, los temporales y los fríos que se han desencadenado en Flandes y en el N. O. de Francia en los últimos días, han obligado a paralizar casi por completo las operaciones militares. La situación ha quedado estacionaria, ocupando los dos bandos las mismas posiciones que en la semana pasada.

En la frontera del E., los franceses efectuaron un ataque contra las tropas alemanas del Campo Romano, consiguiendo algunas ventajas que no tardaron en borrarse cuando su enemigo tomó a su vez la ofensiva. Nada se sabe de Verdun, ni tampoco en los Vosgos parece que haya ocurrido nada interesante, lo mismo que en la línea del Aisne.

La principal actividad de los alemanes se señala a retaguardia del frente, en dirección a la costa, y lo

mismo acontece en el campo de los aliados, que acumulan refuerzos al O. de la línea Arras Lille.

En el teatro oriental, los alemanes persiguieron a los rusos después de la victoria de Vloclaviez, consiguiendo arrojarles hacia el S. E. y en la dirección de Varsovia, en dos masas separadas. El avance por la orilla derecha del Vístula no ha tropezado con serios obstáculos, pero las tropas que lo efectúan, procedentes del sector de Lipno, se mueven al abrigo del ejército principal, que sigue en la orilla izquierda.

El curso medio del Pilica ha sido rebasado. Continúan los combates, pero la acción principal está entablada más al S., donde hace días se libra una batalla entre el ala izquierda rusa del ejército de Polonia y la derecha de los austro-alemanes, que han avanzado al N. de Cracovia. No se conoce todavía el resultado de estos combates, ni su intensidad. En la Prusia Oriental la lucha sigue indecisa.

Los rusos no han llegado aún a la vista de Cracovia. La plaza de Przemyśl, que fué cercada casi por completo, poco después de la retirada de los austriacos, parece que ha vuelto a quedar libre de enemigos por el S. Más al E., los rusos han continuado avanzando, y se acercan a los Cárpatos. Prosiguen los encuentros en la Bukovina, donde al parecer los dos beligerantes tienen pocas tropas.

En Serbia progresa la invasión austriaca. La línea de marcha parece tender a aislar y cortar toda la región del N., con la capital Belgrado, para acercarse a la frontera búlgara. Así mismo ha sido invadido Montenegro hasta ahora con éxito. A creer las noticias, siempre tendenciosas, que se reciben de aquel teatro, los austriacos aún preparan más fuerzas para activar sus operaciones.

Son muy confusos los despachos que llegan de la frontera ruso-turca. Se desprende de ellos, aunque no puede garantizarse la exactitud de la deducción, que los turcos han sido contenidos en la región al E. de Erzerúm, cerca de la frontera de Persia, pero que en cambio han traspuesto la frontera y derrotado a las tropas que defendían la provincia de Batum.

En el Africa oriental, la situación se presenta abiertamente favorable a los alemanes. La Gran Bretaña ha enviado refuerzos, procedentes de la India. También ha reunido tropas en la frontera de Egipto, donde se han empeñado varios combates con los turcos, que todavía no han terminado la concentración de sus tropas de Siria y Palestina. Por el momento, el mayor interés de la guerra se encuentra en estos parajes, toda vez que parece cierto que han estallado disturbios en Egipto. El movimiento musulmán ha repercutido en Casablanca (Marruecos occidental), donde los franceses han padecido un serio descalabro, y en la Libia.

Se anuncia la marcha de los afganes contra la India.

JUAN AVILÉS

Teniente Coronel de Ingenieros

22 de noviembre de 1914.